

Durante años trabajé en el Monte de Piedad de Madrid; Sección Empeños de Rara Ubicación. Mi despacho era la única estancia separada y aislada de la Sección y, en él se acumulaban, en desorden, mi mesa de trabajo, un sillón de ruedas con enormes apoyabrazos, las dos sillas de invitados y todos los objetos que cumplían la condición de 'raros' en el catálogo del Monte de Piedad. Mis preferidos eran los peces disecados. Los había colgados en las paredes, en vitrinas y sobre mi mesa. Los más pequeños se guardaban en los cajones de las estanterías. Cada vez que anotaba una nueva adquisición en el inventario me preguntaba por el estúpido que se había desprendido de tal maravilloso animal, también de las terribles necesidades que lo obligó a hacerlo. Disfrutaba meditando en las historias de amores y traiciones en las que los peces fueron protagonistas, bien ocupando el puesto de cónyuge que reposa su boca en el regazo de su marido o como la amante, ocasional o perpetua, que provocó el adulterio. En sus bocas abiertas adivinaba el placer que ocasionaron a los hombres que los poseyeron y juro que hubo momentos que los vi palpitar, recoger con sus bocas abiertas el aliento que llevar a sus pulmones, —cruelmente arrancados por el taxidermista de turno—, y moverse alrededor del pene del marido o del adúltero, darles el intenso placer que la esposa o la amante eran incapaces de ofrecer. En ese instante me lanzaba por la trucha o el besugo más entero de mi despacho e introducía mi pene en su boca anfitriona. El placer era indescriptible, toda el agua de los océanos parecía envolverme, su humedad me trastornaba hasta el punto de gritar de placer.

Como dije en el despacho se acumulaban todos los objetos que los tasadores de la planta baja calificaban de raros, que quería decir de difícil salida comercial. En la estantería que había detrás de mí se guardaban penes de diversos tamaños y reproducciones de coños y culos de admirable aspecto, pero sin duda lo más destacable eran las reproducciones de humanos que colgaban en la pared de la derecha. Todos de tamaño natural y con diversidad de razas, con sus bocas y sus piernas abiertas, con sus penes y sus coños perfectamente modelados. Algunos eran mercancía barata, provenientes de tiendas eróticas. En sus miembros sexuales se manifestaba los excesos de sus dueños: verdaderos bestias que habían dejado las huellas de sus dientes en el pene o en el coño que disfrutaron. Otros eran verdaderas obras maestras, diferenciados en sus detalles, como si su hacedor —utilizo la palabra adrede—, hubiera puesto en su confección toda su inteligencia y todos sus sentimientos. En ocasiones me quedaba absorto observándolos y creía adivinar en sus formas la pasión de su creador. Pronto me acostumbre a ponerles nombre y origen. No lo hice al azar o caprichosamente, indagué en los libros donde reflejábamos su depósito original: el vendedor y el importe pagado. De esa

forma descubrí que Sandra, la muñeca que colgaba en segundo lugar por la derecha, estaba construida de un plástico especial que solo se fabricaba en Alemania, su dueño había sido Alfredo Abascal, vecino de Bilbao, había empeñado a Sandra hacía tres años. Imaginé su dolor al desprenderse de una amante tan excepcional. Lo compadecí. Lo mismo hice con el resto de los muñecos; todos tenían nombre: Alberto, Hilario, Azucena, Sunday, Kulap, ...

Cuando ocupé mi puesto de responsable de la Sección no pude imaginar que mi despacho y las reproducciones colgadas eran la diversión nocturna de todos los empleados de la planta. Me enteré una tarde en la que tuve que retrasar mi salida por culpa de la pérdida o sustracción —nunca tuve la certeza—, de un arnés de caballo que algún desaprensivo había adaptado a la fisonomía de la cabeza humana, respetando brocados en cuero y plata. El mismísimo director del Monte de Piedad tenía un inusitado interés en dicha pieza, ignoro si movido por el coleccionismo o por un gusto sadomasoquista. Lo cierto es que dio órdenes precisas para que se encontrase dicho objeto y algún imbécil, de los muchos que existen en todas las empresas, dio por hecho que estaría en mi sección. Cuando pregunté si dicha observación era debida a una revisión objetiva de los inventarios, ya que yo nunca lo vi por mi despacho, el muy imbécil respondió: «que dónde, sino, iba a estar un arnés adaptado a una cabeza humana». El resto de los jefes de sección, tan imbéciles como el acusica, dieron por cierta tal observación y me obligaron a buscarlo para satisfacer al director general, razón de mi retraso la tarde en cuestión.

Mientras revisaba el tercero de los cuarenta libros que recogían las entradas a la sección durante los tres últimos años, llamó a la puerta y entró Javier, uno de los empleados menos meritorios de mi Sección.

—¿Quieres algo? —le pregunté.

—Hemos visto la luz de su despacho encendida y queríamos saber si podíamos ayudarle. Es tarde —murmuró Javier con un tono apenas oíble.

—Sí —contesté agradecido por el ofrecimiento—. Aún me quedan treinta y siete libros por revisar.

Javier salió del despacho sin decir nada y al instante regresó acompañado de todos los empleados de la Sección.

—Debería habernos avisado antes. Seguro que ya habríamos encontrado lo que busca —me recriminó Paula. Se trataba de la jefa adjunta y su mesa de trabajo se encontraba junto a mi despacho. Era algo más mayor que yo y con bastante mal genio.

Javier distribuyó los libros, los empleados los cogieron sin mucho interés. Los abrieron y fueron revisando la entrada y la salida de todos los objetos. Hubo un momento en el que me noté el cansancio, los ojos manchados, me incorporé y salí del despacho para tomar un café en la máquina. Mientras lo tomaba la noche se apoderó de la calle, las farolas se encendieron y las bocinas de los coches acrecentaron su volumen. Pensé en lo triste que me sería aquella noche, en lo tristes que me serían la de mañana y todas las del mes siguiente. Necesitaba alguien que me esperara en casa, a

quien amar y con quien follar, sería la única forma de olvidarme de los peces y de las reproducciones de humanos que colgaban en mi despacho, de sus dueños y de los actos que habrían cometido con ellos y del maldito arnés.

Regresé al inventario. Al abrir la puerta del despacho observé un extraño movimiento de Paula y del resto de los empleados. No fui capaz de identificarlo, pero tuve la certeza de haber interrumpido un acto casi ilegal. No le di más vueltas al asunto, deseaba hallar el arnés cuanto antes e irme a algún pub para tratar de ligar.

Fue al sentarme cuando fui consciente de la ausencia de Javier. Se había encargado de revisar el libro continuo al mío y tenía la esperanza de que, en él, se hallase el registro buscado. Pregunté por él. Sus compañeros me observaron como si hubiera preguntado por un criminal nazi escondido bajo los muebles en los que se apoyaban.

—¿Para qué lo quiere? —preguntó finalmente Paula moviéndose con lentitud hacia su derecha y hacia delante.

Por un instante, antes de responder que no tenía importancia, pensé que Paula tenía a Javier entre sus piernas y se movía para ocultarlo. La idea me divirtió y caminé hacia ella con intención de incordiar, pero sin llegar a putearlos. Paula vino hacia mí cargada de su libro-inventario.

—Aquí hay registrado algo parecido a un arnés.

Cogí el libro de inmediato.

—¡Qué tontería! Esto es un arpa ¿Acaso estás ciega?

En ese momento Javier apareció de detrás de una de las estanterías. Estaba situada al lado de donde había estado Paula, pero en ningún caso debajo de sus piernas. Lo curioso es que sus labios —los de Javier—, estaban enrojecidos y con restos de manzana entre el vello de su bigotito mal afeitado.

— ¿Encontró usted el arnés? —le pregunté.

—No, no encontré nada que se le pareciera —balbuceó.

Encogí los hombros con tristeza y regresé a mi sillón. Antes de sentarme noté la falta de uno de los muñecos colgados en las paredes. Se trataba de una mujer de cabello plateado, caderas y piernas descomunales y que colgaba la cuarta por la derecha.

—Solo nos faltaba —señalé el sitio vacío— que algún directivo de tres a cuatro la reclame mañana.

Nadie me contestó, pero noté en todos ellos algo parecido a un desahogo. Continué con mi búsqueda del arnés cuando un ruido me sobresaltó. Uno de los muñecos colgados: un hombre de rasgos orientales con una gran cabellera oscura y ojos azules se había caído sobre Sole, una de las empleadas de la Sección. Corrimos a su auxilio, apartamos el muñeco, Paula lo sostuvo, y ayudamos a Sole a incorporarse. Entonces ocurrió un hecho insólito y cómico: al incorporarse su boca se dio de bruces con el pene del muñeco y la pobre muchacha, en un acto reflejo e involuntario, lo metió en su boca. Solo a mí me dio por reír, risa que corté de inmediato ante el mutismo acusatorio de los presentes. Ordené que colocasen el muñeco en su sitio y regresé a mi

mesa. Paula consoló a Sole. Aunque, he de confesar, que desde la distancia, más bien me pareció una reprimenda.

Luego todo se aceleró. Uno de los empleados empezó a quejarse de la cantidad de registros que había en el libro que le había tocado revisar, del previsible enfado de su mujer, a quien no había avisado de la tardanza. Otro empezó a murmurar algo relativo a que yo no tenía autoridad para suprimir lo que ya era costumbre.

—Los sueldos —añadió con evidente malhumor— son tan míseros que tenían derecho a los muñecos. Era su compensación.

—¿Muñecos? —susurré sin intención de que nadie me escuchara.

De repente todo lo que me rodeaba empezó a tomar forma, y como si de un puzle de tamaño gigantesco se tratara, comencé a entrever las imágenes que mi presencia imposibilitaba. La boca de Sole envolviendo el pene del muñeco oriental dejó de ser un accidente gracioso para convertirse en una ficción cotidiana en las tardes del Monte de Piedad. Javier no se había entretenido buscando el arnés detrás de las estanterías, no era casual las brizas de manzana en su bigote ni la ausencia en la pared de la muñeca de cabello plateado. Los dos habían sido participes de un acto que, aquella tarde, me fue imposible imaginar, pero que incluía un coño, una manzana y la boca de Javier. Todo ello me paralizó. Estaba confuso e incapaz de concentrarme en el puto inventario. Tuve la seguridad de que si levantaba la mirada del inventario todo lo que me rodeaba sería un grupo de alienígenas a punto de saltar sobre mí para utilizarme de cubil y alimento o de una orgía entre muñecos y empleados de la Sección de objetos extraños. Cuando conseguí el valor necesario para afrontar la situación y me giré, Paula estaba detrás de mí con sus labios enrojecidos y colocándose la falda.

—Me voy a casa —anunció—. Es tarde y estoy cansada de buscar el puto arnés.

No contesté. Solo fui capaz de atender al quehacer de dos de los empleados; colgaban a la muñeca de mayor tamaño en su lugar y sonreían como dos críos estúpidos que hubieran gozado a escondidas de su primer coito.

—Hacéis esto todas las tardes —pregunté a Paula reteniéndola por la mano en un acto reflejo.

—¡Suélteme! — Paula se volvió; estaba furiosa.

Obedecí. No deseaba ningún equívoco. Paula caminó hasta la puerta, los nueve empleados restantes la siguieron. A pasar junto a mí todos me observaron como si hubiera cometido un desatino contra ellos, un abuso injustificado.

El resto de la noche la pasé buscando el maldito arnés. Ignoro en qué momento me venció el tedio y mi cabeza dio de bruces contra la mesa.

A la mañana siguiente todo había vuelto a la normalidad. Solo yo, desaliñado y con cara de sueño, desentonaba en la placidez monótona de la Sección. Nadie preguntó por el arnés ni por mi desaliño, era como si todos,

excepto yo, hubiesen desalojado de sus vidas la noche anterior y, en lugar de haber hecho las guarradas que yo imaginaba junto con los pobres muñecos colgados, se hubieran marchado y llegado a sus casas a la hora acostumbrada, besado a sus hijos, cenado con ellos y fornicado con sus esposos y esposas en la posición de todas las noches. Fui al lavabo, tomé un café en la máquina y regresé a despacho en espera de la llamada y de la bronca del director general por no encontrar su maldito arnés. Sin embargo, la dichosa llamada no llegó. El día transcurrió con un único sobresalto: Cuando regresé de comer y, al intentar abrir la puerta del despacho, noté que esta estaba cerrada desde el interior. Sin comprender en demasía lo sucedido forcejé durante un rato, incluso grité que me abrieran suponiendo que lo ocurrido no fuera un accidente. Finalmente, la puerta se abrió, al otro lado estaba Jorge con gesto compungido y, lo más raro, abrochándose los pantalones. Se excusó diciendo que había recordado algo sobre el arnés y lo comprobaba en el inventario del ejercicio 2.018.

—Por desgracia —añadió—, ha sido una falsa alarma.

Pensé que era el momento de confirmar mis sospechas sobre las depravaciones que los empleados cometían con los muñecos. Cerré la puerta y obligué a Jorge a enseñarme su pene. Se negó y tuve que utilizar todas las amenazas que se me ocurrieron hasta que, tembloroso, se desabrochó la bragueta. Su pene no mostraba ninguna señal de una fricción reciente. Le pedí disculpas, él sonrió como un zorro que ocultase una gallina y se alejó.

—Muéstrame tu culo —grité antes de que saliese.

Jorge se giró agresivo, incluso esbozó un gesto para que me fuera a la mierda. Insistí, él se negó y, antes de que cerrase la puerta, corrí hacia él y le bajé los pantalones. Gritó que lo dejara en paz, no le hice caso y lo empujé contra la puerta. Su culo, la carne que rodeaba su ano, estaba enrojecida. Le obligué a inclinarse y comprendí de inmediato los juegos que Jorge se traía con el tercer muñeco a la derecha. Me retiré hasta mi mesa.

—¿El resto se porta igual?

—Depende de las preferencias —respondió Jorge luego de subirse los pantalones.

—¿Todos?

Jorge asintió, se negó a responder a más preguntas y salió.

El despacho-almacén tiene un pequeño ventanuco desde el que se ve un patio interior donde el servicio de limpieza acumula la basura. Pocas veces abro la ventana pues el olor sube con la velocidad de un escorpión a la caza de una avispa. Aquella mañana lo hice, aún con la seguridad de que ni todo el aire del mundo me libraría de las náuseas que sentía. Mientras estaba con la cabeza fuera, aspirando el olor de la basura, llamaron a la puerta y antes de que llegara a contestar entró Paula. Se acercó.

—¿En alguna ocasión soñaste follar con alguien con quien pudieses practicar todas tus ensoñaciones? —preguntó mientras me miraba fijamente, como si quisiese evitar cualquier respuesta mentirosa.

—Son muñecos —balbuceé.

—No cuando tienes su pene en la boca, palpita con más fuerza y ansia que los todos los amantes que he tenido.

Contesté con un exabrupto relativo a la relación entre dos humanos que consiente mutuamente, el intercambio de besos y caricias, las palabras de amor. Paula se carcajeó humedeciéndome el rostro con su propia saliva.

—Ya no eres un crío —gritó—. No tienes derecho a jodernos a la vida a los demás.

—Soy el director de esta Sección y este es mi despacho.

—Pero no eres el vigilante de los muñecos, ni tienes la obligación de protegerlos como si fueran vírgenes a tu cuidado.

Luego la discusión se agrió aún más y se gritaron improperios indeseados por ambas partes.

Al acabar la jornada todos los empleados permanecieron sentados en sus sitios atentos a mis movimientos y sobre todo a mi marcha. Hubo un instante en el que pensé volver a entrar en el despacho y quedarme toda la noche encerrado en él. De inmediato pensé en que era una tontería ¿Cuántas noches habría de repetir la vela? Me conformé con cerrar con llave la puerta, — aun sabiendo la inutilidad del acto—, y marcharme a mi casa.

—¡Quédese! —propuso Paula al pasar a su lado—. No hay nada malo en el placer.

Insistí en mi negativa y caminé hasta la puerta de salida.

—Nadie me ha penetrado con la ternura del maniquí negro que cuelga en cuarto lugar —dijo Emilia, la empleada más joven—. Solo él me ha hecho sentirme querida.

—Meta su polla en la rubia que cuelga en quinto lugar —exclamó Tono, un mozarrón con quijada de boxeador—. Solo entonces conocerá el verdadero placer —añadió rascándose los huevos.

—¿Y su culo? Jamás habrá sentido abrirse un ano de esa manera. Es como si esperase el pene —gritó Arturo.

—A mí me gustan sus pechos. Mi polla camina entre ellos como por mi casa.

Paula se acercó hasta donde yo estaba y me sujetó de la muñeca.

—Entre con nosotros —susurró y yo, tonto de mí, supuse que ella estaba incluida en la proposición—. Compruebe lo que le decimos.

—Puede mirar —dijo Emilia—. Yo tardé en atreverme con el pene del maniquí negro. Ahora no podría vivir sin él —Se acercó a donde yo y Paula estábamos—. Él no me hace daño ni se burla de mis piernas gruesas, solo me da placer.

—Vamos —insistió Paula—. Abra la puerta. No se arrepentirá.

—Ellos no se carcajean por una eyaculación precoz o de un pene enano —murmuró Tono—. Aceptan lo que se les pida sin juzgar nuestros deseos.

—¿Aceptan? —ironicé.

—Entre y compruébelo por sí mismo —Paula continuó agarrando mi muñeca—. ¿Nada tiene que perder? En el peor de los casos le será semejante a una masturbación —rio alborozada y apretó mi mano.

Observé el rostro del resto de los empleados. Estaban expectantes, casi suplicando que abriese la puerta del despacho. Antes de que pudiera evitarlo Paula metió su mano libre en el bolsillo de mi chaqueta y sacó las llaves. Luego y con una coquetería que jamás pensé en ella caminó de espaldas hasta mi despacho, invitándome con sus movimientos a que la siguiera. Caminé detrás de ella, no pensé ni en el motivo ni en el deseo, fue como si estuviese obligado a hacerlo. Paula abrió la puerta del despacho, el resto de los empleados entró en tromba, apartándome a empujones y codazos. Paula fue la primera en llegar a los muñecos, descolgó el de color negro, lo sentó en mi sillón, jugueteó con su pene y luego, sin recato, se quitó las bragas, elevó su falda y metió el pene en su coño. De inmediato empezó a gemir. A mi lado, golpeándome con el codo, pasó Emilia. Su muñeco era el más flaco de todos, su gesto era meditabundo y su pene, comprobé cuando Emilia empezó a chupetearlo, adquiría su plenitud gracias a un resorte instalado en su testículo derecho. Cuando pensó que ya estaba bien de humedecerlo, Emilia se desnudó, colocó el pene entre sus pechos y comenzó a frotarlo con fuerza mientras gritaba como un posesa algo relativo al esperma. Así fue, minutos después del frotamiento, un líquido espeso y blancuzco salió del pene del muñeco y manchó los pechos de Emilia. Esta lanzó un último grito y se abalanzó sobre el muñeco, abrió sus labios e introdujo su lengua. No tuve tiempo de pensar en las maravillas que inventaban los fabricantes de muñecos o sobre el empleado encargado de llenar sus conductos de leche blancuzca. En una de las esquinas del despacho, Jorge se había desnudado por completo y se esforzaba por introducir en su ano el pene de un muñeco con rasgos indios (no de la India asiática sino del oeste americano). Me pareció que tenía la fantasía de hacerlo de pie, como si fuera un encuentro casual en alguno de los cuartos negros existentes en los clubes gais. Por desgracia el muñeco indio se escurría por la pared y caía al suelo. Jorge lo volvía a levantar mostrándonos sus glúteos flácidos. A su derecha Ignacio, el empleado de mayor edad, había puesto sobre una mesa auxiliar, una muñeca de aspecto oriental, sin vello alguno en la entrepierna y con el coño mejor definido de cuantas muñecas colgaban en mi despacho. Ignacio se arrodillo, apartó las piernas de la muñeca con ambas manos, sacó de su bolsillo un tarro que tomé como miel o mermelada y con el dedo untó el coño de la muñeca. Luego se puso a chupetearlo. De vez en cuando levantaba su cabezota calva y soltaba una risita que asemejaba a la de una hiena joven y perdida en el desierto. Otro empleado tenía a una muñeca sobre sus piernas, golpeaba con suavidad sus nalgas mientras murmuraba:

—No llores, no te quejes. Has sido mala, muy mala.

Todas aquellas escenas me embriagaron de tal forma que deseé convertirme en protagonista de todas a la vez. Con el sigilo de un ladrón caminé hasta donde colgaban los muñecos. El único que quedaba era una

muñeca de aspecto triste, con grandes pechos y la boca en exceso abierta, «por lo muchos penes que los cabrones de mis empleados le habían introducido», pensé. La descolgué y, con rapidez vergonzosa, me bajé los pantalones y penetré su coño bordeado por una pelambreira de color castaño. Su vagina se abrió como si me esperara. El placer fue inmenso.

Sobre una hora después colocamos los muñecos en sus ganchos y salimos de mi despacho en silencio. Ni siquiera nos despedimos.

Durante los días siguientes yo fui el primero en esperar el rito copulatorio y el primero en descolgar la muñeca elegida. Probé todas las posturas y saboreé las cualidades de las distintas muñecas. También atendí a los actos del resto de mis empleados y confieso que la observación me dio más conocimientos sobre ellos de los que había tenido hasta que accedí a participar.

Una noche aconteció algo extraordinario y que nos cambiaría para siempre. Fue un miércoles, recuerdo que Paula había elegido la misma muñeca con la que yo me inicié y se las apañaba de maravilla para mover su coño sobre el rostro de la muñeca elegida y tendida en el suelo. Cuando la lengua de esta, sacada un par de centímetros, acariciaba su clítoris lanzaba un gritito de placer. Yo follaba, en la postura del perro, a una muñeca de color mulato. No era la primera vez, se había convertido en mi favorita pues su coño, ignoro el material del que estaba hecho, se abría a mi contacto como la caverna de los ladrones a las palabras mágicas de Ali Babá. Estábamos a punto de terminar cuando escuché el sonido. Pensé que trataba de alguna pieza interior de la muñeca, desencajada por culpa de mis empujones, Sin embargo, el sonido volvió a repetirse. Me detuve, di la vuelta a la muñeca, la tendí sobre mi mesa y supuse que el cambio de postura ajustaría la pieza rebelde. No fue así. El sonido se repitió y en esta ocasión lo entendí perfectamente, era el gemido de placer de una mujer. Retrocedí asustado; a mi alrededor se golparon todos los empleados de la Sección.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Jorge.

Me encogí de hombros, no tenía respuesta.

—Será una ilusión —propuso Paula.

—Son los mismos grititos que tú lanzas cuando te corres —insistí.

—Eso es imposible. Prueba de nuevo.

Tardé varios minutos en aceptar la propuesta. Finalmente me acerqué a la muñeca e introduje mi pene, más flácido que nunca, La vagina se abrió y mi pene empezó a adquirir su tamaño placentero. Me animé buscando la eyaculación cuando el gemido nos llegó de nuevo. Me retiré, me subí los pantalones y correteé nervioso por el despacho. Los empleados comenzaron a salir, yo fui el último. Cerré la puerta del despacho con todas las vueltas que la cerradura me permitió.

Al día siguiente encontré a todos los empleados sentados y con las cabezas inclinadas sobre sus trabajos. Abrí mi despacho temeroso, deseando que alguno de ellos se acercara y entrara conmigo. El despacho se encontraba

tal como lo habíamos dejado. Colgué los muñecos en sus sitios. La última fue la muñeca de color mulato

La jornada transcurrió sin ninguna novedad, excepto por nuestro repetitivo silencio y nuestro gesto triste y culpable. Cuando llegó la hora de salida nadie propuso ni esperó entrar.